

XLVI

Cerremos este capítulo.

La existencia normal del hombre, considerado como individuo, como jefe ó miembro de una familia, como ciudadano y patriota, como sabio, artista, industrial ó soldado, supone una muerte armónica, es decir, plácida, dulce, tranquila, mejor alegre que amarga.

Ahora bien; bajo el cristianismo, desde su origen hasta nuestros días, como en los últimos siglos del paganismo, la muerte del hombre no ha sido venturosa.

Existe, pues, cierta anomalía, en el vivir y en la educación de los cristianos, y análogamente entre los paganos de la decadencia: si se reconoce que la mala muerte es esencial al cristianismo, á su dogma, á su fe, precisa concluir necesariamente que tal sistema no es una religión moral, sino de desmoralización.

CAPÍTULO VI

El hombre y la muerte

(Conclusión)

XLVII

¿Qué nos enseña la filosofía revolucionaria acerca de esta gravísima cuestión del bien morir?

Intentaremos exponer sus conclusiones, siempre con las reservas que es lógico guardar en orden á una doctrina que se formula por vez primera y que por ende debe limitarse á fijar sus jalones.

Descartamos desde luego, como ajena al tema, la cuestión de la inmortalidad del alma, que abandonamos al misticismo, no permitiéndonos la verdadera ciencia impugnarla ni defenderla.

La ciencia experimental nada puede decirnos acerca de la existencia ó no existencia de un Dios, personalidad soberana, alma del Universo, cuyo producto es la Naturaleza, y que ha engendrado la humanidad. La ciencia de observación no afirma ni niega: nada sabe, nada comprende, nada la inquieta. ¿Qué se le da de tal hipótesis á la Justicia, que debe existir por sí misma y mostrarse á la conciencia sin extraños intermediarios?

También calla la ciencia, y apenas se preocupa la moral, sobre si hay ó no hay una supervivencia para la humanidad, una segunda vida para las almas y los cuerpos. Independiente de la idea de Dios, lo es igualmente de la de inmortalidad; no ha menester de este mito más que del otro.

La *euthanasia* ó bien morir, parte integrante de la moral, debe prescindir, como el bien vivir, de toda consideración de supervivencia; importa rechazar la inmortalidad ó transmigración de las almas, como consuelo de la muerte.

La Revolución, reformando la economía social y organizando la igualdad, garantiza á cada hombre la plenitud de sus días; primera condición de la muerte venturosa. Restaurando la Justicia en el Estado, afirma la comunión universal: segunda condición de la *euthanasia*.

Empero ¿qué es la muerte en sí misma?, ¿qué es morir? He aquí la cuestión que la filosofía se plantea, cuya solución previa se abroga la moral, á riesgo de dejar que la duda oscurezca lo que, de acuerdo con los sabios de todos los tiempos, consideramos como los signos de la buena muerte: la vida plena y la comunión social.

XLVIII

Los escritores espiritualistas, preocupados de sus delirios de inmortalidad, aseveran que la muerte no es un *fin*, sino una suspensión, una transición, una transformación de la existencia.

Titúlase á la muerte *sueño eterno*, lo que promete una inmortalidad muy poco activa; algunos hermanan la muerte con el sueño, *consanguineus leti sopor*: también se dice el *sueño de la muerte*; en una palabra, sueño y muerte son, para algunas personas, términos sinónimos: «Ya el sueño cierra mis cansados ojos», dice en Virgilio Euridice, expirante por segunda vez, *condit-que natantia lumina somnus*.

Los modernos, buceando sus símiles en la historia natural, comparan la existencia del hombre con las evo-

luciones del insecto que, de oruga ó gusano se transforma en crisálida y mariposa. Así nuestra muerte sería un renacimiento, el instante en que sacudimos lejos de nosotros este grosero exterior, para ornarnos con las alas de la inmortalidad. Juan Reynaud sostiene que, en ciertos mundos, el proceso de una vida á otra se verifica sin interrupción del sentimiento, sin cambio brusco del cuerpo, sin solución de continuidad.

«No se me antoja imposible que existan en el Universo ciertas regiones cuya ley principal estatuya progresar de uno á otro mundo, mediante la congruente evolución de los sistemas orgánicos, sin ningún acto de escisión, desposando, si cabe la frase, en virtud de una transición insensible, la muerte con el revivir. Así vemos que el insecto, después de haber nacido primero en la obscuridad de la tierra, arrastrándose luego sobre el suelo, desarrolla lentamente sus miembros, se metamorfosea visiblemente, y se separa, en fin, de sí mismo, dotado de brillantes alas y pleno de nuevas energías se lanza en medio de la ligera población del mundo aéreo. Mi imaginación (¡SU IMAGINACIÓN!) concibe fácilmente en el seno de esas inmensas constelaciones estelares que apercibimos en la celeste bóveda, seres que deducen de sí mismos, por el ejercicio de sus privilegios, órganos de más excelsa naturaleza, en cuyo auxilio y sin perder ni un sólo instante la conciencia de sí mismos, progresan sucesivamente con indescriptible placer, en unión de sus colegas, de una residencia á otra mejor.» (Tierra y Cielo, pág. 30.)

No faltan quienes, invocando el testimonio de la química orgánica, descubren en la vida y la muerte un doble fenómeno de composición y descomposición animal, bajo la acción creciente y decreciente, de un principio ignoto, alma, espíritu ó vida. Este principio aduéfiase de la materia, se labora un cuerpo, lucha algún tiempo con éxito contra las reacciones químicas que propenden á disolverlo: después, vencido por la acumulación, se divorcia del organismo ya gastado para reanudar en cualquiera otra parte el mismo proceso.

Lamentamos desautorizar tal poesía; empero la mo-

ral, como las ciencias naturales, no admite utopías, y estas palingenias no son otra cosa.

En primer término, la antítesis que se afirma entre el principio químico y el principio vitalista, estudiada bajo el punto de vista congruente á nuestro propósito, nada dice ó dice demasiado. La inmortalidad, ó hablando más propiamente la metempsicosis, sería así común al hombre y á las bestias, ¿qué decimos? á las mismas plantas, lo que implica un gravísimo absurdo. Empero aunque admitiésemos la transmigración de la vida sensitiva y vegetativa, ¿qué podría ello influir sobre nuestras costumbres? ¿qué interesa á nuestra Justicia? ¿qué importa á la ventura de nuestros últimos instantes?

La inducción derivada de las diferentes fases de la evolución orgánica, particularmente entre los insectos, es en absoluto gratuita é ilógica, ya que tales fases indican un progreso continuo en la vida del animal, mientras que la muerte es una conclusión general, suscitada por un decrecimiento regular. Así, el tránsito del gusano al estado de crisálida, donde se pretende ver un análogo de la muerte, no es más que la pubertad del animal: la Naturaleza, confiriéndole con la facultad genésica nuevos órganos ó transformando los antiguos, no hace en el fondo por el insecto más de lo que hace por el mismo hombre, en quien surge la virilidad desplegando, para no decir adicionando, el organismo. La fase de la pubertad tiene su antítesis rotundamente signada en la mujer, en la desaparición del flujo menstrual: esto nos evidencia que, siendo los fenómenos que causan la muerte tan inversos de los que producen la vida, es contra toda lógica asimilarlos, y por ende, aducirlos en pro de la supervivencia.

Esta observación sobre la pubertad de los insectos, que apuntamos con las reservas que nos impone nuestra incompetencia, nos franqueará el camino de la verdad.

XLIX

Todo ser obedece á un fin.

No entendemos aquí por *fin* el término del movimiento vital, sino el objeto hacia el que evoluciona este movimiento, y que una una vez logrado, implica en el sujeto la conclusión de la vida, ya inútil.

Dedúcese de aquí que comprendiendo la muerte juntamente en su definición: 1.º, el término supremo de la evolución orgánica, es decir, un fenómeno positivo; 2.º, el paro ó disminución del movimiento, consecuencia de aquél, esto es, un fenómeno negativo: dedúcese, decimos, que no se conoce la muerte ó sólo se conoce á medias, cuando no se la considera más que bajo este último aspecto: para formarse una idea completa de ella, precisa estudiarla también bajo el otro.

La muerte, en una palabra, no es la nada; no vacilamos consignar este axioma al frente de este estudio, repitiendo con la venia unánime de los mismos inventores y fautores de la inmortalidad: «*Nada surge de la nada, nada desaparece, la nada no existe.*» Si el dogma de la supervivencia dependiese de estos axiomas, no habría más fuertes puntales.

¿Qué es, en fin, la muerte?

En la categoría de los seres organizados, el término positivo, culminante, de la vida, es la reproducción.

El individuo abre sus ojos á la vida, brota de su semilla, crece, florece, engendra á su vez; después muere insensiblemente, naturalmente, normalmente, dejando poco á poco su vida en ese germen, donde se condensa definitiva é íntegramente: he aquí la ley, apreciable de modo singularísimo en las plantas anuales.

¿Quién podría determinar aquí el momento preciso de la cesación vital? ¿Quién no ve que la muerte es, por decirlo así, la mitad de la vida y la vida la mitad

de la muerte? Desde luego, la vida se concentra en la semilla; abonada congruentemente, se desarrolla á lo largo de un tallo, para resumir su vitalidad en la flor. Según las circunstancias, este movimiento es más ó menos rápido, modificado por periódicas intermitencias, en cuyo lapso duerme la vida: el sueño es, para todos los seres vivientes, un momentáneo retroceso al estado fetal. Entonces se produce el inefable misterio: la vida, habiendo logrado su objeto, parece dividirse en dos seres, el padre y el hijo. Durante ciertos días, no acertaríais á decir si ella es en el uno más que en el otro: tanto se identifican. Empero presto la veréis pasar íntegra al embrión, que se destaca, y abandonar con él el padre, que muere.

La muerte, en una palabra, es la transmigración de la vida de uno á otro sujeto, en virtud de un acto particular de la misma vida, denominado GENERACIÓN.

En los insectos, la vida evoluciona absolutamente por sí misma y se completa por la generación. Numerosos machos sucumben en el ayuntamiento; las hembras sobreviven sólo el tiempo preciso para la postura.

Las plantas perennes no integran una excepción á esta ley. Todas germinan, y en todas el botón prolífico ó el fruto, la carpa, las hojas se atrofian, secan y caen á la hora de la maduración del grano. Ahora bien; mientras que en las plantas anuales la fructificación implica la muerte definitiva del vegetal, aquí el tallo y las raíces conservan una vitalidad que les permite brotar en el año siguiente nuevos botones, como si no se hubiera agotado en una primera eflorescencia su energía productora.

Otro tanto acaece con los animales grandes y con el hombre: sobreviven á la producción de su semilla y á su nacimiento, viendo á menudo los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Et natos natorum, et qui nascentur ab illis.

La razón de esta supervivencia es la educación de la progenitura. De la amplitud de esta educación deriva

para el sujeto genitor la facultad de multiplicar sus generaciones: lo que ocurre entre las plantas anuales y los insectos y que parecería una exuberancia de la Naturaleza, una anomalía, si consideraciones de muy diversa índole no nos explicasen el misterio.

L

Morir, interpretando este verbo según indica la observación fisiológica, es decir, como el segundo período de la evolución vital, significa, pues, REPRODUCIRSE; estudiando el fenómeno en su momento característico, morir es realizar la función esencial de la vida, la que exige el grado supremo de energía y exaltación. Adviértese así en el espasmo erótico, fugaz como el relámpago en los individuos vigorosos y que saben permanecer libres en la pasión; y análogo, en los viejos, á un verdadero morir, del que más de un nacido no resurge.

Leed repetidamente en la *Nueva Eloísa* el beso del bosquecillo, primeras arras del amor, primer quién vive de la muerte. ¿Importará no seguir más allá? Ciertamente, si reducís la existencia á la individualidad, menos aún, á la función generadora, cuya cópula definitiva forman por su unión los dos sexos; no, si consideráis la existencia en la serie de las generaciones, en su solidaridad, su identidad, lo que vale tanto en orden al hombre como en su vida moral y en sus obras.

Estudiemos la muerte bajo el punto de vista de la Naturaleza ó de la justicia, se nos presenta como el *consumatum* de nuestro ser; cuanto más consultamos nuestro corazón, tanto más advertimos que, lejos de huirla con espanto, la deseamos entusiastamente.

No es concluir pasar de un hogar á otro, ó de padre transformarse en hijo, en virtud de la vida: siendo este pasaje, esta *transformación*, para todo ser viviente el

momento solemne, el acto supremo de la existencia, dedúcese que la muerte, de acuerdo con la Naturaleza, es adecuada á la felicidad: la muerte es el amor.

Quien ama quiere morir; tal es la idea del *Cantar de los cantares*: *Fortis ut mors delictio*—dice la esposa—. Aunque muriera presto, nada me impediría amarte. Tampoco era otro el pensamiento de aquel amante que pedía á Cleopatra una noche, consintiendo morir después.

Y no distingáis en este punto entre las especies de amor: el lúbrico y el casto, el sensualista y el platónico son súbditos de la misma ley. El padre, el amigo y el ciudadano piensan idénticamente. Para unos y otros, cuando la pasión aboca á su paroxismo, cuando la conciencia se eleva hasta el diapason del heroísmo, nada es morir, sólo amar es algo. M. Blanc Saint-Bonnet, vislumbrando tamaña identidad de la muerte y del amor, ha escrito esta bella frase:

«*Nadie avanza más en el amor que quien ha visto varias veces la muerte.*»

Desterrad, al contrario, del corazón el amor y de la conciencia la justicia; haced el vacío en el alma, por el desprecio y el egoísmo, y presto degeneraréis en la vileza, la apostasía y todas sus vergüenzas.

Hemos visto, en nuestros días, un hombre mimado por la Naturaleza, la fortuna y la celebridad, empero tipo de egoísmo y orgullo, deshonorar sus últimos instantes por una defección insólita en el campo de la filosofía: hemos nombrado á Enrique Heine.

Tras de largo cortejar la Revolución, enamorar la democracia, saborear la popularidad, cantar el ateísmo y el placer, siendo descamisado, con el corazón ayuno de fe y amor, divorciado de la Naturaleza y de la sociedad, se hace deísta, tornando, según su frase, al sentimiento religioso. La lógica, su misantropía, sus secretos terrores, le impulsaban hasta el catolicismo: empero no se atreve: hase burlado y blasfemado con exceso de la religión de Cristo. Mas judío, preconiza la Biblia y el judaísmo: admira á Moisés y su legislación. «Nunca—dice—fuí enemigo de la religión.» Felicítase por ha-

berse casado en San Sulpicio y comprometido á educar sus hijos en la religión cristiana. En su opinión, el catolicismo perdurará largos siglos, y como M. Cousin, saludado reverentemente. Diríase que, no osando por humano respeto elevar á Cristo sus preces, intenta enmascararlas con sus virulentas diatribas. Protestando de su amor por el sacerdocio, después de haberse mofado de Hegel, de la Revolución, del pueblo de Febrero, de la Reforma luterana, de la nueva exégesis alemana, acaba panegirizando á los jesuitas.

Enrique Heine ha muerto como vivió, como una muerzueta; su lugar es entre las *Arrepentidas*, no desentendaría en la Salpêtrière.

Paralelamente á esta muerte vergonzosa, observad la de un revolucionario.

He amado mucho, decía Dantón saliendo de la Conserjería para marchar á la guillotina: inmediatamente después, olvidando sus dos mujeres y sus hijos por la imagen más excelsa de la patria, exclamaba: «*He servido á la Revolución, he derrocado la monarquía, he instaurado la República...*» Había prodigado su alma y su amor: ¿qué reservaba para la guillotina?

Jesús, en el momento decisivo, agoniza: no quiera Dios que á imitación de Celso y Porfirio, le acusemos de cobardía. Su religión ha degenerado, por el terror de la muerte, en el azote de la humanidad, no por culpa de él, que comprendía de muy otra suerte la vida y predicaba con su ejemplo. Empero Jesús es célibe; sin amor, consagrado en absoluto á la secta, sólo produce una generación equívoca; ignora si ella, pronta á negarle, á huírle, le sobrevivirá. Fáltale ese valor de la sangre, que la conciencia suple, siquiera no lo sustituya siempre; apenas tiene una noción imperfecta de la Justicia. Superior á Dantón por la santidad, le es inferior por la energía con que vigorizan el alma el Amor, la Paternidad y el Derecho; he aquí por qué ningún hombre se igualará nunca, en el trance de la muerte, con Dantón.

LI

Fundamentemos ahora sobre estos principios una teoría.

Una muy acreditada experiencia atestigua que la muerte es tanto más penosa cuanto más triste fué la vida. El hombre que *ha vivido*, según decimos en un sentido que no es aquí el nuestro, se halla más resuelto para el combate; ¡grave error de nuestra imaginación creer que el célibe es más activo, más abnegado, más pronto al sacrificio, que el hombre amante, esposo y padre de familia. La ley de Moisés eximía del servicio militar al israelita recién casado ó simplemente desposado; repugnábale que fuesen contra el enemigo hombres abrumados por un pesar. La antigüedad rebosa este espíritu. Los famosos *Diez mil* llevaban consigo sus compañeras; nada prueba que fueran cobardes. Aun siendo muy de loar el heroísmo del ejército de Crimea, nos atreveremos á decir que nuestros soldados habrían sentido más confortados sus corazones si el amor hubiese alegrado sus horas amargas.

Empero si no cabe negar este principio del valor ante la muerte, hay otra especie de satisfacción no menos intensa, la que deriva del deber cumplido, de la idea llevada á la práctica.

El hombre, ser inteligente y trabajador, el más industrioso y sociable de los seres, cuya nota dominante no es el amor, sino una ley más excelsa que el amor, el hombre no produce, no engendra solamente, como los otros animales, por la vía del sexo; sus generaciones afectan varios órdenes; genera igualmente por el trabajo; por la inteligencia y de suerte singularísima por la JUSTICIA.

De aquí esos sacrificios por la ciencia, ignorados por

el vulgo: esos mártires del trabajo y de la industria, refractarios en absoluto á la novela y el teatro; ese *Morir por la patria*, tan repetido desde los días de Tirteo.

¡Séanos lícito saludaros, héroes que supisteis inmortalizaros y morir en el 89, en el 92, en 1830! Generación del 2 de Diciembre, perdida para siempre, fuiste más vigorosa que nosotros en la conquista de la libertad.

De aquí también esos arrepentimientos *in extremis*, que el sacerdote atribuye á la eficacia de su ministerio, y que no son más que el resurgir de la Justicia, el grito de la conciencia, ante la proximidad de la muerte;

Producir una idea, un libro, un poema, una máquina; en una palabra, laborar, según la frase de nuestros colegas de oficio, su obra maestra;

Servir á su patria y á la humanidad, salvar la vida de un hombre, realizar una buena acción, reparar una injusticia, satisfacer un crimen por la confesión y el dolor;

Todo esto es engendrar; vale tanto como reproducirse en la vida social, á la manera que ser padre es reproducirse en la vida orgánica; casi diríamos, si se nos permitiese la locución, que era participar de la Divinidad.

El hombre debe gastarse en absoluto por su proge-
nie, natural y espiritual; no solamente en el acto generador, sino en la iniciación por el trabajo y entregando su alma en un paternal ósculo. Moisés, cuenta la leyenda, luego de haber redimido de la esclavitud de los egipcios á su pueblo, después de haberlo disciplinado en el desierto y guiado triunfante hasta la tierra de Canaán, *murió en el seno de Jehová*. El salmista expresa la misma idea, *Beati qui in Domino morientur*, es decir, según la energía del lenguaje mítico, que bajo el nombre de Dios expresa la colectividad social. ¡Venturosos quienes mueren abrazados á su pueblo! ¿Cómo no envidiar tal muerte?

LII

Resumiendo: la vida humana logra su plenitud, el alma es *madura para el cielo*, como dice Massillon, cuando ha satisfecho las condiciones siguientes:

1.^a Amor, paternidad, familia: extensión y perpetuación del ser por la generación carnal, ó reproducción del sujeto en cuerpo y alma, persona y voluntad;

2.^a Trabajo, ó generación industrial: extensión y perpetuación del ser por su acción sobre la Naturaleza. El hombre, hemos escrito anteriormente, ama la Naturaleza; úrese á ella y de esta cópula fecunda surge una generación de un nuevo orden;

3.^a Comunión social ó Justicia: participación en la vida colectiva y en el progreso de la humanidad.

La consanguinidad, la adopción y especialmente el trabajo, pueden suplir el amor y la paternidad. El trabajo es el verdadero sustitutivo del amor. El hombre, en las mismas afecciones que suscita en él la vitalidad, no se halla tan esclavizado al organismo que deba cumplir fatalmente todas las funciones; el amor en las almas escogidas no tiene órganos.

El Trabajo y la Justicia no se sustituyen ni se suplen. La transgresión de estas condiciones implica una existencia angustiosa; el hombre, no pudiendo *vivir ni morir*, es feudo de la miseria.

En caso contrario, el vivir es pleno; es una fiesta, un canto de amor, un entusiasmo perpetuo, un himno constante á la felicidad. A cualquier instante que suene en el reloj del tiempo la hora, el hombre se halla dispuesto, porque siempre es en la muerte, es decir, en la vida y en el amor.

LIII

¿Qué podría significar para nosotros, así en orden á la moral, como bajo el punto de vista del Destino, esa hipótesis de la desesperación, erigida en axioma religioso en las sociedades víctimas de la tiranía: *Si hay otra vida después de la muerte?*

Concebimos que una ontología desorientada, descubriendo una contradicción entre los dos términos que integran toda vida, *nacer y desaparecer*, inquiera la solución en una eternidad del ser donde las formas accidentales se reproduzcan sin fin; donde, en su consecuencia, tornen á encontrarse las personas y las fisonomías; donde cada yo, agotado por una primera evolución, resurja por otra; donde todo ejemplar de nuestra esencia orgánica, surgido en un momento determinado de la vida colectiva por un concurso de circunstancias que no debe repetirse, y considerado como individualidad substancial, alma ó mónada, renazca con sus formas, sus facultades, su carácter, sus recuerdos y la conciencia de su inviolable identidad. Concebimos que una especulación progresiva agite estas curiosidades psico-teológicas; empero ¿de qué pueden servir á nuestro destino presente, á la norma de nuestras costumbres, á la ventura de nuestra vida y á la dulzura de nuestra muerte?

Por nuestro nacimiento, nuestra familia, nuestros amores, somos en comunión orgánica con toda nuestra especie; por nuestro trabajo, con toda la Naturaleza; por nuestra justicia, con la sociedad; comulgamos, pues, con el universo entero. En virtud de esta comunión, es plena hasta la vida de los párvulos. A nadie han causado mal; antes por el contrario, embellecen nuestro vivir. Recréannos sus sonrisas, sus miradas, sus purísi-

mas gracias, sus lindas voceillas. Incapaces de sentir la muerte, son perfectos: nada perdemos amándoles.

¿Qué puede vuestra inmortalidad sumar á nuestra dicha y á nuestra virtud? ¿No somos ya inmortales para emplear nuestro estilo, ya que vivimos en el pasado, en el presente, en lo porvenir, en lo infinito? No acertaríamos á facilitarnos más que lo sublime, así laborando como llevando á la práctica las obras de la Justicia. Ahora bien; ya somos en posesión de tan cara sublimidad; depende de nosotros y de como plazca á nuestras facultades usarla; nunca la excederá vuestra inmortalidad. Si á esto decís ser inmortal, lo somos; si se trata de otra cosa, no os comprendemos, ya que nuestro intelecto no puede concebir ni nuestra alma desear nada más excelso que lo sublime.

Hay en la vida del hombre un acto solemne que traduce toda esta doctrina, acto casi ignorado hoy por el pueblo, empero que los romanos reputaban sagrado; queremos hablar del *Testamento*.

¿Qué significa ese monumento de las últimas voluntades en cuya virtud el hombre obra más allá de la tumba?

En nuestro sentir, solamente que el testador, muriendo, afirma la continuación de su presencia en la familia y la sociedad en cuyo seno acaba sus días.

La antigüedad, apenas creyente en la inmortalidad de las almas, era eminentemente religiosa en orden al testamento; todos los soldados romanos testaban antes de entrar en batalla. Como los trescientos de Leónidas, como Moisés, morían en el ósculo de la patria. Cuando la Biblia, narrando la muerte de los patriarcas, concluye con esta frase: *Fué á reunirse con sus padres*, expresa la suprema idea del testamento. Cuando Jesús clama sobre la cruz: *¡Padre mío, en tus manos encomiando mi espíritu!*, por este acto de comunión con la humanidad, expresada bajo la mística alegoría del *Padre*, hace su testamento. ¡Testamento! Las doctrinas cristiana y mosaica emplean el mismo vocablo.

Todos hemos menester testar; empero el cristiano perfecto no testa, á menos que no se proponga deshe-

redar á los suyos y legar á la Iglesia sus bienes. El cristiano no debe, en su lecho de muerte, dirigir á sus hermanos sino este lúgubre adiós: *¡Rogad por mí!* No permanece entre nosotros su alma; antes bien, invita á las vuestras á seguirle. ¡Qué desorden!

La muerte, si se nos permite este símil copiado de la economía y que reputamos muy de este lugar, es el balance que sirve de liquidación á nuestra carrera. Si ésta fué plena, hay *superavit*, ganancia, beneficio; es la eutanasia, la muerte en la felicidad. En caso contrario, si ella se deslizó á través de los senderos del vicio y del infortunio, hay *deficit*; es la muerte en la desesperación, la bancarrota de la existencia.

A la hora de ahora, en los albores de la Revolución, la muerte venturosa es tan rara como la libertad y la Justicia; casi todos acabamos como los malhechores. ¡Ni solidaridad social, ni paz en nuestros últimos instantes! Aun nos sustentaría la familia, empero ésta se desorganiza á su vez; quienes más vocean son los que la deshonran más; sólo aparece en los momentos póstumos para abrumarnos con sus lamentaciones. El trabajo, repugnante y penoso, sin reciprocidad para el jornalero, sin dignidad para el capitalista y el empresario, que sólo descubren en él un medio de enriquecerse: ¿el trabajo puede regocijar, con su esquelético rostro, al moribundo? Arribamos al término de la jornada, ayunos de amor y virtud; faltos de sitio donde posar nuestra fatigada cabeza; ¿á quién sorprenderá que, en vez de los goces del vivir pleno, no hallemos más que la agonía del fin?

LIV

¿Habéis asistido á algún bello morir? Oíd: no se trata de un héroe ni de un genio, sino de un pobre artesano, librepensador de todo corazón, fallecido en la co-

muni6n revolucionaria tan íntegramente como jamás cristiano muri6 en el seno de la Iglesia.

Nuestro padre, anciano de setenta años, agotado por el trabajo, siquiera gozase de salud excelente en tan avanzada edad, sintió súbito acercarse al término de sus días. Nunca, importa notarlo, advertimos en él una palabra, un gesto, que testimoniase impiedad ni devoci6n. Ni rezaba ni blasfemaba; dedicado en absoluto á sus negocios, todo lo esperaba de su esfuerzo, no importunando con súplicas al cielo ni á los hombres. Algunas veces, en las grandes solemnidades, le vimos ir como todos sus convecinos á misa; se aburría, nada comprendía, tan ajeno al culto como un sordomudo. Si el sacerdote ocupaba el púlpito, salía presto del templo, sin reír ni proferir una sola palabra. A buen seguro que el peso de sus devociones era hartamente leve.

A la hora de su muerte, consciente—lo que no debe extrañar—de su próximo fin, quiso prepararse para el gran viaje, dictando por sí mismo sus instrucciones. A este efecto invita á los parientes y amigos á una modesta comida, amenizada por alegre charla. A los postres, comienza á despedirse, dedicando sentidas frases á uno de sus hijos muerto prematuramente diez años antes. Nosotros éramos ausentes por causa del servicio... de la familia. Su hijo más joven, interpretando mal la causa de su emoci6n, le dice: «¡Ea, padre mío, abandona esas tristes ideas! ¿Por qué desesperarte? ¡Eso es impropio de un hombre! Aun no ha sonado tu hora.» «Te engañas—replica el anciano—si imaginas que temo la muerte. Te aseguro que todo ha concluído; tengo conciencia de ello y querido morir entre vosotros. ¡Vamos, servid el café...» El admirable viejo gusta algunas cucharadas, y exclama después: «¡He sido muy desgraciado en mi vida; no he vencido en mis empresas (¡inocente!); empero os he amado á todos y muero sin remordimiento. Di á tu hermano que siento en el alma dejaros tan pobres; y que persevere...» Un pariente, algo devoto, considera oportuno confortar al enfermo, diciéndole, como el catecismo, que todo no acaba en la muerte; que entonces debemos rendir cuentas, empero

que la misericordia de Dios es infinita... «Primo Gaspar—responde nuestro progenitor—, nunca he sabido lo que es eso y no he de rectificar ahora mis ideas. Ni temo ni deseo; muero entre los que amo; así, tengo mi paraíso en mi corazón.»

Próximamente á las diez se durmi6, musitando un último adi6s: la amistad, la conciencia tranquila, la esperanza de un porvenir más risueño para los seres que dejaba en el mundo, todo contribuía á recrearle con definitiva placidez en sus últimos momentos. Al día siguiente, nos escribió vehementemente nuestro hermano: *¡Padre ha muerto como un hombre!...* Los curas no le canonizarán, empero nosotros, que le conocimos, le proclamamos á nuestra vez un *hombre*, no ambicionando para nosotros otra oraci6n fúnebre.

LV

¡Comparad esta muerte con el óbito del cristiano, rodeado de cirios, crucifijos, agua bendita; á quien el confesor habla de los juicios de Dios, unguento de los santos óleos, colmado de exorcismos, como si, en los umbrales de la tumba, comenzase el suplicio del réprobo! ¡Ah! Los hombres más eminentes por su genio y por su gloria, admirados por sus contemporáneos, ciertos del homenaje de la posteridad, reputan insoportable la muerte: son cristianos.

Aquel pobre tonelero, ajeno á todas las grandezas, extinguiéndose dulcemente en su choza, sonríe á su última hora: su conciencia le enajena de toda ambici6n; es venturoso. No es un impío, el hombre del pueblo no conoce la impiedad: tampoco es un cristiano ya que, al borde del sepulcro, ofrenda una lágrima al hijo que no es á su lado, porque la muerte, arrebatándosele, le ha empujado; que lamenta el fracaso de sus negocios

porque deja en pos de sí un vacío; que no cree en la otra vida, porque no ha menester de ella, á causa de poseerla en su corazón.

Contemplar cara á cara la muerte, saludarla amorosamente, confiar su alma entre las manos de sus hijos y abismarse en la familia, legando á la tierra su cuerpo como una derivación del propio ser, no es espiritualista, ni místico, ni cristiano: es simplemente la realidad social, es la Justicia.

Nuestra sociedad, que no es con Cristo ni con la Revolución, ha inventado en orden á los moribundos horribles prácticas. Todo conspira, en torno del enfermo, para ocultarle su estado: se le distrae, se le engaña, se le cloroformiza, hasta el extremo de que muere sin haberlo pensado. Ni últimas palabras, *novissima verba*, ni transmisión del alma, ni testamento. Revienta como un perro: *Unus est finis hominis et jumentii*.

Muerte hermana, primogénita de los amores, siempre virgen y siempre fecunda, dulce y bella muerte, ¿cómo has de aterrarnos si sabemos de ti desde el primer suspiro de nuestra juventud, si te hemos sentido sobre nosotros á cada impulso de nuestro entusiasmo cívico, si te podemos ofrendar más de treinta años de trabajo? ¿No te adoramos en el amor y en la amistad? ¿No pensamos en ti, meditando en la eterna verdad? ¿No te cultivamos en esta Naturaleza, cuya comunión sofoca en el corazón hasta el sentimiento de nuestra pobreza? ¡A ti, en fin, hemos elevado en nuestra alma un templo: soberana JUSTICIA, te invocaremos en todos los días de nuestra vida!

Si vienes hoy, somos dispuestos á recibirte: amamos á los nuestros y somos amados; hemos luchado esforzadamente, *bonum certamen certari*; aunque pecadores, nunca desesperamos de la virtud y siempre nos hemos regenerado. Hemos comenzado nuestro testamento, que otros acabarán: habemos la confianza de que quien lo leyere, comprenderá que no es esclavo el que *ha hecho un pacto con la muerte*. Si no vienes hasta mañana, nos prepararemos todavía mejor; iremos más allá, te abrazaremos con el más definitivo amor de los amores. Si

aun tardas diez años, partiremos en supremo viaje triunfal.

Muerte, calumniada largos siglos, terrible solamente para los malos, únicos dignos de ser titulados *inmortales*, ¿no serás el enigma fatídico cuyo oráculo debe desvanecer la esfinge de las religiones, redimiendo de sus terrores la humanidad? Aun no te has descubierto plenamente á nosotros: nos reservas más de un secreto. Enséñanos y repetiremos por doquier tus palabras; todas las naciones confesarán que sólo tú eres el Cristo, viviente y verdadero.

FIN DE «LA EDUCACIÓN»